

UN ESCRITOR COSTUMBRISTA DEL SIGLO XIX OLVIDADO: RODOLFO CARLES

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

En 1878 se publicó en Murcia un libro muy curioso, titulado *Doce murcianos importantes*, del que era autor el periodista local Rodolfo Carles¹. El libro, del que me ocupé muy brevemente en una reseña descriptiva², se reeditó en 1977³ en una edición lujosa ilustrada por doce pintores murcianos, que captaban con sus pinceles las figuras que había descrito Rodolfo Carles⁴. Por último, en

¹ Rodolfo Carles, *Doce murcianos importantes (Bocetos del natural)*, Tipografía «El Álbum», Murcia, 1878.

² Francisco Javier Díez de Revenga, «Los tipos costumbristas de Rodolfo Carles», en *De Don Juan Manuel a Jorge Guillén*, Academia Alfonso X el Sabio-CSIC, Murcia, 1982, vol. I, pp. 290-291.

³ Rodolfo Carles, *Doce murcianos importantes (Bocetos del natural)*, 2.ª edición, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1977.

⁴ Esta tendencia «a la pintura» de los tipos practicada siempre por los costumbristas (recuérdense los títulos de Pereda *Bocetos al temple*, *Escenas montañosas (Colección de bosquejos tomados del natural)*, *Tipos y paisajes*, *Tipos trashumantes (Croquis a pluma)*, *Esbozos y rasguños*, etc. Vid. Salvador García Castañeda, edición de *Escenas montañosas. Tipos y Paisajes*, de José María de Pereda, *Obras completas*, Ediciones Tantín, Santander, 1989, vol. I, pp. XXIV ss.) pudo materializarse en esta experiencia editorial cuando se encargó cada «retrato» a un pintor murciano actual y resultó una muy bella y conseguida colección. He aquí la distribución del libro: Portada, «Arco de la Aurora», de Tomás Díez de Revenga; Manuel Avellaneda, «El aguador»; Francisco García Silva, «El animero»; Manuel Barnuevo, «El auroro»; José Antonio Molina Sánchez, «El basurero»; Fulgencio Saura Mira, «El betunero»; Antonio Hernández Carpe, «El campanero»; Manuel Muñoz Barberán, «El Hombre X»; Ángel Hernansáez, «La mandadera»; José Luis Galindo Iniesta, «El mindango»; José Reyes Guillén, «La que mira»; Juan González Moreno, «El nazareno»; Antonio Carbonell Artur, «El sabiondo».

la *Historia de la Literatura Murciana*, Mariano de Paco y quien esto escribe algo dijimos, en el contexto del estudio de la literatura regional, de Rodolfo Carles y de su personalidad y obra⁵. Hasta aquí todo lo que sobre este libro y este autor se ha escrito o estudiado.

Parece oportuno, por ello, ofrecer un análisis detenido de la obra de este escritor costumbrista, sobre todo porque su carácter local no resta mérito alguno en el contexto de la literatura costumbrista del siglo XIX, a la que sus libros plenamente pertenecen. El más interesante de todos ellos, el ya citado *Doce murcianos importantes*, se correspondería con el tipo de costumbrismo que Enrique Rubio Cremades y María Ángeles Ayala han definido como «estudio étnico y por ende semifolklórico», en el que habían desembochado las colecciones costumbristas de la segunda mitad del siglo XIX⁶.

En el terreno de la literatura regional de Murcia, el costumbrismo tuvo una representación notable, en consonancia y paralelismo con la realidad nacional. En la prensa local aparecieron artículos de costumbres con habitual normalidad y un buen reflejo de esta importante floración ha quedado recogido en el libro que *El Diario de Murcia*⁷ reunió en su colección «Folletín del Diario de Murcia», con el título de *Cuadros de costumbres murcianas*, en el que se pueden leer muestras brillantes del género pertenecientes a autores locales de significación como José Martínez Tornel («Un velatorio de ángel»), José Marín Baldo («La barraca»), Ramón Baquero (del que se ofrecía el texto póstumo, de 1840, titulado «El desperfollo»), Virgilio Guirao («La misa de salud») y el autor objeto de este trabajo, Rodolfo Carles («El raboalcalde»).

Sin duda alguna, la figura más importante de todo este grupo local de escritores costumbristas la constituye Rodolfo Carles, cuya obra cuenta, además de con el ya citado, con algunos títulos de menor interés, como son *Malas costumbres* (1866)⁸ y *Cosas del otro*

⁵ Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la Literatura Murciana*, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio-Editora Regional de Murcia, Murcia, 1989, p. 282.

⁶ Enrique Rubio Cremades y María Ángeles Ayala, *Antología Costumbrista*, El Albir, Barcelona, 1985, p. 31.

⁷ *Cuadros de costumbres murcianas por varios autores murcianos*, Imprenta «El Diario», s. a. (posterior a 1879).

⁸ Rodolfo Carles, *Malas costumbres (Artículos)*, Tipografía «La Paz», Murcia, 1886.

jueves contadas en éste (1892)⁹, en los que se reúnen textos costumbristas con otros en los que la ficción novelesca los aproxima al género cuento. Para que pueda tenerse una idea del contenido, habitual por otra parte en este tipo de obras, del primero de los volúmenes, hay que señalar que está compuesto por ocho artículos, titulados «Los duelos», «El sino de la criatura», «Los buenos muchachos», «Pared por medio», «Tienen tres bemoles», «Visitas de encargo», «Las muletillas» y «Frasas hechas». De ellos, quizá los más llamativos son los que revelan una preocupación por la forma de expresarse de la gente en ese momento, lo que tiene un gran interés para la historia de la lengua coloquial. Así, en «Muletillas» nos hallamos ante una visión burlesca de la costumbre de decir frases hechas o repetidas cuando menos conviene: «eso es», «está usted en el golpe», «figúrese usted», «si yo abro el pico», etc. Es una crítica de «malas costumbres» habituales en los jóvenes del momento. En este artículo, como en tantos de Carles, hay también un pequeño intento de ficción cuando mediado el artículo nos presenta a un D. Pisistrato, personaje ridículo cuya muletilla es nada menos que «se ha penetrado usted». En «Frasas hechas» también nos hallamos ante un típico artículo de costumbres. Son frases repetidas, «frases hechas», características de diversos medios sociales y profesionales, muy curiosas también para un estudio de la lengua y de los usos de la misma. Lo que más molesta al costumbrismo es que las frases de un determinado sector social pasen a otro.

En otros artículos de la colección, Carles llega a crear personajes casi de ficción, como la muchacha, muy de su época, con afanes de escribir novelas que aparece en «Tres pares de bemoles», otro artículo que, en realidad, no es sino una nueva ficción sobre una frase hecha. Quizá el más divertido de la colección, por su carácter hiperbólico, y por lo inusitado de las situaciones planteadas, sea el titulado «Visitas de encargo», en el que un señor de viaje a Zaragoza tiene que hacer una visita a los conocidos de un paisano. Los visitados casi no llegan a reconocer ni recordar ni al paisano ni la ocasión en que le conocieron años atrás en Madrid, por lo que el visitante se llegará a encontrar en una situación ridícula.

La última colección publicada por Carles, también como folle-

⁹ Rodolfo Carles, *Cosas del otro jueves contadas en éste*, Imprenta «El Diario», Murcia, 1892.

tos de *El Diario de Murcia*, es la titulada *Cosas del otro jueves contadas en éste*, artículos sobre costumbres, también muy morales y censorios, pero de menor calidad que los de la colección de 1886. Sus títulos son «Sabor de idilio», «Inocencia culpable», «No bebas agua que no veas», «Ahorquémonos» y «Al toque de oraciones» y en conjunto son artículos dignos, con sus intentos de ficción, que quieren contar hechos que tengan un carácter extraordinario, que sean, como se dice en lengua coloquial, «cosas del otro jueves», aunque en realidad no pasan de ser costumres muy habituales.

Desde luego, la recopilación más interesante de todas, por su homogeneidad y por su solidez como tal colección, es *Doce murcianos importantes*, que, además, pone de relieve la conexión de este escritor con una trayectoria literaria que había tenido su origen en Inglaterra cuarenta años antes, con una colección de «retratos» correspondientes a tipos ingleses (*Heads of the People: Portraits of the English*) y su continuación inmediata en Francia con la colección de cuadros costumbristas *Les français peints par eux-mêmes*¹⁰. En España, como no podía ser menos, la colección *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844) había dado oportunidad a numerosos escritores —entre ellos los costumbristas Mesonero Romanos o Antonio Flores y los dramaturgos Rivas, Zorrilla o Hartzenbusch— de realizar el retrato de hasta cuarenta y nueve tipos de la época con desiguales resultados¹¹. Los libros colectivos de este género aparecieron por todas partes, tanto en Madrid como en las provincias, llegando incluso a producirse el libro realizado por un solo autor, como es el caso que nos ocupa del murciano Rodolfo Carles¹², ya que es él solo el que lleva a cabo el retrato de

¹⁰ Vid. Evaristo Correa Calderón, «Los costumbristas españoles del siglo XIX», *Bulletin Hispanique*, LI, 1949; «El costumbrismo en el siglo XIX», *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, Vergara, Barcelona, 1968, vol. IV, pp. 245-260. Y más recientemente, María Ángeles Ayala Aracil, «Las colecciones costumbristas en la segunda mitad del siglo XIX», *Anales de Literatura Española*, 3, 1984, así como la edición citada de Enrique Rubio Cremades y María Ángeles Ayala, y bibliografía allí recogida. Sobre estas colecciones, vid. pp. 62 ss.

¹¹ Los tipos de *Los españoles pintados por sí mismos* tienen bastante que ver en la génesis de los realizados por Carles, aunque no en los temas que no son coincidentes. Por ejemplo, «El torero», «La mujer de mundo» (Rodríguez Rubí), «La patrona de huéspedes» (Mesonero), «El barbero», «El hortera», «La cigarrera» (Flores), «La coqueta», «El elegante» (Navarrete), etc.

¹² Rubio Cremades y Ayala recuerdan el libro de Antonio Flores *Doce españoles de brocha gorda que no pudiéndose pintar a sí mismos, me han encargado a mí*, Antonio Flores, sus retratos, que coincide con Carles en la docena.

los doce murcianos, doce personajes arquetípicos de la Murcia de su tiempo, contruidos sobre la base de datos tomados de la realidad, debidamente hiperbolizados o deformados.

El mismo Carles subtitula su libro «Bocetos del natural», como queriendo dar aire de provisionalidad y de realismo a doce trozos o fragmentos de la vida murciana del pasado. Es muy interesante observar en ese subtítulo cómo Carles continúa vinculándose al arte de la pintura como es tradicional en el género, a la hora de utilizar o establecer una terminología y a la hora de construir una teoría de este género literario. Todo, sin duda, para afirmar el «realismo» que el autor siempre pretende dar a sus creaciones, ya que se entiende y se acepta que la pintura, en ese momento, como arte, es la más realista de las expresiones. Si las colecciones más conocidas hablan de españoles *pintados* por sí mismos, si constantemente se está hablando de *retratos*, es indudable que la pintura *realista* subyace como garantía de todas estas afirmaciones. Carles se decide por «bocetos del natural», con aire de modestia, pero, sin apartarse de la pintura y con prurito de realismo indiscutible: «Los tipos bosquejados a continuación no son ideales, fingidos por la fantasía: son paisanos de ustedes; somos nosotros los murcianos, en una palabra. No están inspirados tampoco en personalidad alguna determinada, porque aparecen como personificaciones más o menos acertadas de entidades morales, con vida que excede a la de un hombre, a la de una generación» (p. 19)¹³.

Aparte de curarse en salud, de cara a posibles conciudadanos que pudieran sentirse aludidos, Carles insistirá en su «realismo», aunque también en su «impersonificación», en su condición de retratos impersonales. Y para ello, volverá a servirse de la terminología de la pintura, utilizada constantemente en sus explicaciones: «... añadiré que no por un rasgo de modestia (que no están los tiempos para estos dibujos) sino porque es así, no me he atrevido a presentar mis tipos (y de ustedes) como retratos, más bien como borrosos bocetos, tomando solamente la iniciativa para que acaso algún amigo mío los ponga en limpio, los presente perfectamente dibujados, aumente el número de los que entonces sería retratos, dando a todos las condiciones de color que pida el más exigente» (p. 20).

¹³ Los textos están tomados de la edición citada de la Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1977.

Junto a esta decisión de realismo no falta, como es habitual en el género, el objetivo de conservar ciertas tradiciones que se han de perder y que, realizadas ya en pintura tan «realista», quedan, como si de un cuadro se tratase, inmortalizadas para la posteridad. Aunque a tales intenciones no alude Carles en su prólogo, sí lo hace Zacarías Acosta, especie de prologuista epistolar, escritor contemporáneo del autor del libro, quien, siguiendo la alegoría de las artes plásticas, no duda en afirmar en su carta-prólogo al libro de Carles: «Pero además de estos tipos, fijos e invariables en su esencia, hay otros que, según las circunstancias sociales de localidad, nacen, viven algún tiempo más o menos largo, y desaparecen después, sin quedar de su existencia otra huella o rastro que el que vemos en la pintura que de ellos hicieron los escritores que les fueron contemporáneos, ¿dónde encontraríamos hoy las manolas y manolos de Madrid? En ninguna parte si, gracias a la festiva pluma de don Ramón de la Cruz, no viviesen aquellos tipos en sus inimitables sainetes: en éstos viven, en éstos los oímos, en éstos los vemos, pues obedientes al mandato del ingenio, dejan sus tumbas y se presentan en las tablas verificando el mayor de los imposibles: hacer retroceder el curso del tiempo» (p. 24). La preocupación por la permanencia sobre el tiempo de estos personajes es básica tanto en el costumbrista como en su corresponsal-prologuista, que insiste, con terminología procedente de las artes plásticas, en afirmar la garantía de permanencia: «Tengo para mí, que las pinturas en estos tipos transitorios son de más importancia que las que se hacen aquellos otros que nunca pueden desaparecer de la sociedad; y la razón en que me fundo es que allí es necesario el retrato donde es fácil la pérdida del original» (p. 24).

De los tipos recordados por Carles, siguiendo, qué duda cabe, las pautas marcadas por colecciones muy conocidas, los hay que pueden considerarse «murcianos» o de cualquier ciudad, como pueden ser «El basurero», «El betunero», «El campanero» (aunque en los detalles de las costumbres de este último tipo se manejen datos referidos a la ciudad de Murcia y a los toques de campanas típicos de esta ciudad en el siglo XIX). Podría decirse que más que con tipos se identificaban con profesiones u oficios. Pero hay otros más curiosos que quedan vinculados a un entorno urbano concreto de un momento dado de nuestra historia, y que hoy han desaparecido debido al progreso urbanístico y social. No dejan de ser por ello curiosos los artículos dedicados a «El aguador», «El ani-

mero», o «La mandadera», en los que nos muestra unos menesteres de un tiempo concreto de una ciudad, que han permanecido hasta muy entrado nuestro siglo, incluso hasta después de la guerra civil.

Otros personajes, como «El auroro» y «El nazareno», permanecen en la actualidad circunscritos a las fiestas locales y en pleno esplendor. Así, los nazarenos de la Semana Santa de Murcia actual no difieren en mucho del personaje relatado por Carles, mientras que el auroro, tradición autóctona de la huerta de Murcia, muy protegida en la actualidad por instituciones y entidades culturales, permanece con toda su originalidad y su fuerza en nuestra región hoy. Una tradición recordada por Carles de las muchas que practican los auroros se sigue realizando en Murcia hoy tal como la cuenta nuestro costumbrista decimonónico: «El Jueves Santo por la tarde métese la Aurora en una entrada en alguna de las casas de la plaza de San Agustín y modula uno de sus más lúgubres y monótonos cantos: no es entonces cualquiera de las salves, son coplas de pasión que realmente no pueden oírse sin sentir cierta opresión en el corazón, puesto que llevan un sello de singular tristeza. Suspéndase en los cantos de pasión el toque de la campana y así el ánimo y la imaginación pueden menos distraerse, a diferencia de los que en las salves es posible que ocurra, yendo, por ejemplo, de las voces a la campana y de ésta a aquéllas» (p. 56).

Pero no es en los tipos ya citados donde Carles alcanza una mayor originalidad y, sin duda, un gran acierto en sus «pinturas». Hay otros tipos, captados por él con envidiable amenidad, ironía y gracia, que permanecen vivos en el carácter de nuestras gentes, de manera que los podemos ver aparecer en nuestros días por cualquier esquina ponderando sus «murcianísimas» habilidades. Por ellos, y no por cualquiera de los otros, se recuerdan, quien los recuerda, las creaciones costumbristas de Carles. Éste es el caso de «El mindango» y de «El sabiondo», dos personajes extraídos del más genuino carácter local. En el caso de «El mindango» más que de un personaje, de lo que está hablando Carles es de un carácter, que afecta a muchos personajes y profesiones, de manera que se trata de una circunstancia distintiva: «Ningún signo exterior lo denuncia expresamente y no se puede decir en absoluto, por ahí va el mindango, como se puede señalar al basurero o al nazareno, por ejemplo. Y es más, no se puede decir que sea un carácter per-

sonalísimo, es un carácter diluido, si esto está bien dicho, en todos los que han nacido a orillas del Segura» (p. 123).

«El sabiondo» por su parte es carácter muy repetido hasta la actualidad y Carles con gracia y con ironía sarcástica nos describe a ese tipo que deslumbra a los ignorantes e ingenuos huertanos con su pretendida sapiencia de todo lo divino y lo humano, y que de todo puede opinar y saber. Él es el típico personaje que está bien relacionado y que presume ser capaz de todo, ignorándolo todo.

Completan la divertida serie de tipos locales «La que mira», es decir, la curandera o saludadora, que aún hoy subsiste en los pueblos de la región, y con gran éxito por cierto, resolviendo problemas sanitarios entre la fe de sus populares clientes. La representada por Carles es de lo más típica y característica. Y, por último, un misterioso «Hombre X», que con sus habilidades crea un tipo original y difícil de concretar, como si en este artículo Carles quisiera burlarse de sus lectores y hablar de un personaje, en realidad, inexistente, pero vivo en la mente de todos sus ciudadanos.

Zacarías Acosta, en la carta-prólogo, elogió y mucho la gracia del lenguaje utilizado por Carles para «dibujar» sus tipos. Y, desde luego, hay que insistir en esta cualidad de todo el libro. Un estilo conversacional, fluido y desenfadado, muy de cierta literatura del siglo XIX, dota al libro de una extraordinaria y en cierto modo rara amenidad a la que contribuyen las poderosas dotes de captación del autor. Todos son ingredientes ideales para llevar a cabo la más viva reconstrucción de una ciudad y una época, de un ambiente que, gracias a la pluma de este poco conocido costumbrista, podemos volver a edificar imaginariamente más de cien años después.